

hermosa mañana de Mayo reía en las calles. No había ni una nube, y la alegría flotaba en el aire azulado, de una transparencia cristalina. Involuntaria sonrisa entreabrió los labios de Dionisia: respiraba á sus anchas, y la parecía que sus pulmones se sacudían el ahogo de seis meses. No sentía ya el aire estrecho y las pesadas piedras de *La Dicha de las Damas* sobre sí. Tenía ante sí todo un día de campo: era como una salud nueva, un goce sin límites que gustaba con sensaciones nuevas. Pero en el coche volvió la vista un tanto incómoda al ver que Paulina se inclinaba para dar un soberbio beso á su amante en los labios.

—¡Toma!—dijo con la cabeza en la portezuela—allí va el señor Lhomme... ¡y qué deprisa!

—Pues tiene un callo—respondió Paulina.—Hé ahí un viejo loco. Se diría que va á una cita.

Efectivamente, el hombre iba con el estuche de su instrumento bajo el brazo hácia el *Gimnasio*, con la nariz tendida y riendo solo ante la idea del regalo que se prometía. Sin duda iba á pasar el día á casa de un amigo suyo, flauta de un teatrillo, y donde varios aficionados hacían los domingos música *di camera* tomando café con leche.

—¡Á las ocho! ¡qué manía!—dijo Paulina.—Ya sabéis que la señora Aurelia y su partida han debido tomar el tren de Rambouillet que sale á las seis y veinticinco. De seguro que no se encontrarán marido y mujer.

Hablaron de la gira de Rambouillet. No deseaban que les lloviese á las otras, porque les hubiera caído encima; pero si pudiera ser que lloviera en Rambouillet y en Joinville no... ¡qué bueno estaría! Recayó la conversacion sobre Clara, una bachillera que no sabía qué hacer para gastar el dinero de sus queridos. ¿No había comprado tres pares de botinas, que tiró al día siguiente, después de cortarlas con unas tijeras, porque tenía los pies llenos de juanetes? Por otra parte, aquellas damiselas de la confeccion no eran más juiciosas que ellas, pues jamás economizaban un sueldo gastando más de doscientos y trescientos francos al mes en chucherías y golosinas.

—¡Pero si sólo tiene un brazo!—dijo de repente Baugé.—¿Cómo se las arregla para tocar su instrumento?

No había quitado ojo de Lhomme Paulina, que se divertía con su simplicidad, y le dijo que el cajero apoyaba el instrumento contra una pared. Baugé lo creyó y encontró aquello ingenioso. Pau-

lina sintió remordimientos, y le explicó la manera cómo adaptando á su muñon un sistema de palancas, se servía de ellas como de una mano. Baugé movió la cabeza declarando que no se le haría creer nunca semejante cosa.

—¡Qué tonto eres!—dijo ella riéndose.—Pero, en fin, no por eso te quiero ménos.

El coche rodaba y llegaron á la estacion de Vincennes á punto de tomar el tren. Baugé pagaba, pero Dionisia declaró que satisfaría su parte, que se diría por la noche.

Subieron á un coche de segunda: la alegría desbordaba de todos los wagones. En Nogent bajó una boda entre las risas de todos. Llegaron á Joinville y se fueron en seguida á la isla á encarar el almuerzo, y estuvieron allí, á lo largo de los ribazos y bajo los altos álamos que bordan la orilla del Marne. Hacía fresco á la sombra: al sol corría una bocanada viva templada por el rey de los astros, cuyos rayos ensanchaban en la opuesta orilla la perspectiva de una llanura cultivada. Dionisia se quedó detrás de Paulina y su amante, que iban cogidos de la cintura. Cogió un ramito de margaritas, mirando correr el agua, con el coraz on triste, bajando la cabeza cuando Baugé besaba á su amiga en el cuello. Sentía llenos de lágrimas los ojos, pero no sufría. ¿Por qué sentía aquel ahogo? ¿por qué aquella vasta campiña, en la que se prometía gozar tanto, la llenaba de vaga pena, cuya causa no sabía? Luégo, al almorzar, las risas chillonas de Paulina la aturdieron. Ésta, que amaba el campo con la pasion de un cómico que vive sólo á la luz del gas, quiso comer bajo un emparrado á pesar del viento fresco. Se alegraba con las rachas bruscas que levantaban el mantel, y encontraba chusco el cenador repintado y sin pámpanos, cuyo enrejado se recostaba sobre la cubierta. Devoraba con la gana de muchacha mal alimentada en el almacén, dándose un atracon de cosas que la gustaban. Aquél era su vicio: todo su dinero se iba en pasteles y platitos comidos deprisa en las horas libres. Como pareció que Dionisia tenía suficiente con los huevos, el frito y el pollo, no se atrevió á pedir fresas, plato todavía caro, por temor de aumentar el escote.

—¿Y qué vamos á hacer ahora?—preguntó Baugé cuando sirvieron el café.

Otras veces se iban él y Paulina á comer á Paris, para acabar la jornada en un teatro. Pero á propuesta de Dionisia se decidió permanecer en Joinville: así se hartarian de campo corriendo por



él toda la tarde. Se discutió por un momento la idea de un paseo en bote, pero la abandonaron. Su paseo al azar por los senderos les llevaba de vez en cuando á la orilla, y tomaban parte en la vida del río, viendo las escuadras de botes y los trajes de los *canotiers* que los tripulaban: al ponerse el sol bajaban hácia Joinville, cuando dos embarcaciones que descendían luchando en velocidad, y cambiándose de bordo á bordo injurias en que dominaban repetidos gritos de *horteras* y *pistolos*.

— ¡Toma! — dijo Paulina — ¡es Hutin!

— Si — repuso Baugé, que ponía la mano sobre los ojos — reconozco el bote de caoba... El otro debe ir tripulado por estudiantes.

Contó á las jóvenes el odio que hacía llegar muchas veces á las manos á los estudiantes y dependientes de comercio. Dionisia se paró bruscamente al oír el nombre de Hutin, y con los ojos fijos seguía á la ligera embarcación, que iba como una flecha, buscando al joven entre los remeros, no distinguiendo más que las blancas siluetas de dos mujeres, de las cuales una, que iba asida al timón, llevaba un sombrero grana. Las voces se perdieron entre el murmurio del río:

— ¡Al agua los pistolos!

— ¡Al agua los horteras!

Entrada la tarde volvieron al restaurant de la isla; pero el aire era muy vivo, y fué preciso comer en una de las salas cerradas. La humedad del invierno daba aún á los manteles la humedad del lavado. Á las seis faltaban mesas: los paseantes se daban prisa buscando un rincón, y los mozos llevaban sillas y bancos, estrechando á los parroquianos. Se calentó la sala y hubo que abrir las ventanas. Fuera moría el día, y un crepúsculo verdoso caía de los álamos tan rápidamente, que el fondista, mal provisto, tuvo que poner, á falta de lámparas, una bujía en cada mesa. El ruido era atronador, oyéndose risas, llamadas y choque de vajilla; con el aire que entraba por las ventanas temblaba la luz de las bujías, mientras las mariposas nocturnas batían las alas en el ambiente calentado por el olor de la comida y atravesado de vez en cuando por ráfagas frías.

— ¿Se divierten, eh? — dijo Paulina ocupada con un guiso á la marinera que diputó como excelente.

Y se inclinó para añadir:

— ¿Habeis visto á Alberto allí abajo?

Era, en efecto, el joven Lhomme, en medio de tres mujeres equívocas: una vieja, con sombrero amarillo y cara de tendera, y otras dos más jóvenes, como de trece á catorce años, sin formas aún, y de un descaro cargante. Alberto, ya muy borracho, daba con el vaso sobre la mesa, diciendo que iba á dar una paliza al mozo si no traía en seguida los licores.

— ¡Bien! — dijo Paulina; — ¡qué familia! La madre en Rambouillet, el padre en París y el hijo en Joinville. No se irán esos por su pié.

Dionisia, que detestaba el ruido, sonreía á pesar de esto, gustando el placer de no pensar en nada entre tal barahunda.

Pero de pronto se oyeron en la vecina sala voces que cubrieron las demas. Eran como rugidos, bofetadas, silletazos, una lucha de la que surgían los gritos del río:

— ¡Al agua los horteras!

— ¡Al agua los pistolos, al agua!

Cuando la gruesa voz del fondista calmó la disputa, apareció bruscamente Hutin. Llevaba un sobretodo rojo de marinero y un gorro echado sobre la nuca. Llevaba del brazo á la joven alta, la del timón, quien para llevar los colores del bote se puso un pañuelo de amapolas en la oreja. Clamor y aplausos acogieron su entrada: él se contoneaba con el andar de los marineros y se dió un puñetazo en la mejilla, orgulloso de llamar la atención. Detrás de ellos iba la tripulación. Tomaron una mesa por asalto, y el ruido se hizo formidable.

— Parece — dijo Baugé después de escuchar las conversaciones cercanas — que los estudiantes han reconocido en la mujer que lleva Hutin á una que canta en un burdel de Montmartre, y se han pegado por ella.

— Pues ella — dijo Paulina con afectación — es bastante fea, con su cabello de zanahoria. No sé dónde diablos recluta Hutin esas mujeres, que son tan puercas unas como otras.

Dionisia se había puesto pálida, y sintió frío como si la sangre se hubiese ido gota á gota de su corazón. Ya en los ribazos y ante la rápida embarcación sintió un primer estremecimiento, y ahora no podía dudar: aquella mujer iba con Hutin. ¿Amaba, pues, al joven para sufrir así? En la dolorosa turbación de sus sensaciones no supo hallar respuesta. Dejó de comer, con la garganta oprimida y las manos temblorosas.

— ¿Qué teneis? — preguntó su amiga.



— Nada — balbuceó. — Siento algún calor.

La mesa de Hutin estaba próxima, y cuando distinguió á Baugé, á quien conocía, entabló conversacion en voz alta para seguir ocupando la atencion.

— Decid — gritó — ¿seguis siendo un modelo en el *Bon-Marché*?

— No tanto — respondió el otro muy encarnado.

— ¡Vaya! allí no hay más que doncellas y un confesonario permanente para los dependientes que las miran... Una casa en que se hacen matrimonios... ¡gracias!

Todos rieron. Lienard, que estaba entre el séquito, añadió:

— Entónces no es como en el Louvre. En éste hay una partera agregada á la seccion de confecciones... ¡ Palabra de honor!

Redoblóse la algazara. La misma Paulina estalló, porque lo de la partera la pareció muy chusco. Pero Baugé se cargó con las bromitas sobre la inocencia de su almacén, y dijo de pronto:

— Vosotros sí que estais bien en *La Dicha de las Damas*... ¡ Puestos en la calle por una palabra, y con un principal que parece que se come á sus parroquianas!

Hutin no le escuchaba, ocupado en hacer el elogio de la Plaza Clichy. Conocía allí á una jóven, á la que dudaban en dirigirse las señoras por no humillarla. Habló de su casa, y dijo que habia hecho ciento quince francos durante la semana, ¡ oh! una semana mala: Favier sólo llegó á cincuenta y dos francos. Y esto ¿no se veía? Le cargaba el dinero y no se acostaria hasta no derrochar los ciento quince francos. Despues se achispó y habló de Robineau, aquel estúpido segundo de seccion que afectaba no hacer miga con ellos, no queriendo ni áun ir por la calle al lado de un dependiente suyo. Aquello podia pasar en un primero, como Bouthemout por ejemplo, porque un primero tenía que defender su autoridad; ¡ pero un Robineau! ¡ Ya le darian á él maneras!..

— ¡ Callaos — dijo Lienard; — estais hablando de más.

El calor subía, y las bujías se derretian sobre los manteles llenos de vino. Por las abiertas ventanas, y segun iban cediendo las voces de la sala, entraba otra voz lejana y prolongada, la del rio y los álamos, que dormian en la calmosa noche. Baugé acababa de pedir un extraordinario, viendo que Dionisia no se reponia y estaba pálida, con el rostro encendido por las lágrimas que sofocaba. El mozo tardaba, y Dionisia tuvo que sufrir las voces descompasadas de Hutin. Se creia éste mejor chico que Lienard, porque Lienard se comia el dinero de su padre, miéntras él comia lo que

ganaba con su inteligencia. Baugé pagó al fin y salió con las dos mujeres.

— Ahí hay una del Louvre — murmuró Paulina en la primera sala, viendo á una jóven alta y delgada que se ponía su abrigo.

— ¿Qué sabes tú? — dijo el jóven.

— ¿Que no? ¿Y la manera de ponerse el abrigo? De la seccion de la partera. Si lo ha oido estará contenta.

Al verse fuera suspiró Dionisia con satisfaccion. Creyó morir un momento en aquel calor sofocante y aquellos gritos, y atribuyó su malestar á la falta de aire. Ahora respiraba bien en el fresco que bajaba del estrellado cielo. Al abandonar el jardin del restaurant una voz tímida murmuró en la sombra:

— Buenas noches, señoritas.

Era Deloche. No le habian visto en el fondo de la primera sala, comiendo solo despues de venir desde París á pié en busca del placer. Al sentir aquella voz amiga la doliente Dionisia se unió á él como á un defensor.

Paulina y Baugé iban delante, asombrados de que resultase aquello y con un muchacho como Deloche. Como áun faltaba una hora para tomar el tren, fueron hasta el extremo de la isla siguiendo el ribazo bajo los árboles. De cuando en cuando se volvian y decian:

— ¿Dónde están esos chicos? ¡ Ah, allí! Esto es chusco.

Entre tanto Dionisia y Deloche guardaron silencio al principio. Luégo fué mitigándose la algazara del restaurant y quedando una dulzura musical en el fondo de la noche; se internaron entre los árboles, que áun parecian calentados por aquel hálito del restaurant que dejaba apagar sus bujías una á una. Ante ellos se extendia como un muro hecho de sombra, masa oscura en que se esfumaban troncos y ramas, tan compacta que no distinguian ni el sendero. Andaban lentamente y sin temor. Luégo se acostumbraron sus ojos y vieron á la izquierda los troncos de los álamos parecidos á columnas que sostenian la cúpula con su ramaje punteado de estrellas, miéntras á su izquierda el agua semejava un espejo de estaño. Cayó el viento y sólo se oia el murmullo de la corriente.

— Me alegre haberos encontrado — balbuceó al fin Dionisia, decidiéndose á hablar la primera. — No sabeis cuánto placer me proporcionais consintiendo en pasear conmigo.

Con la complicidad de las sombras y entre palabras entrecor-



tadas, se atrevió él á decirle que la amaba. Hacia tiempo que queria escribirla, y nunca hubiera sabido ella nada sin el excitante de aquella hermosa noche, de aquella agua rumorosa y aquellos árboles que les cubrian con el manto de sus hojas. Ella no respondió, cogida siempre á su brazo. Deloche trataba de verla el rostro, cuando sintió un ligero sollozo.

— ¡Dios mio, llorais, señorita! ¿Os he disgustado?

— No, no — murmuró ella.

Dionisia pugnaba por no llorar, pero no podia. Ya en la mesa creyó que su corazon estallaba, y ahora se abandonaba á su pena en aquella sombra, pensando que si Hutin estuviese en lugar de Deloche y la dijese lo que éste decia, sería débil. Esta confesion la llenaba de íntima vergüenza, que la encendia el rostro, como si se viese bajo los árboles en brazos de aquel jóven que se acompañaba con pérdidas.

— No quise ofenderos — repetia Deloche á punto de llorar.

— No; escuchad — dijo ella con voz temblorosa; — no estoy ofendida; pero, os lo ruego, no me habéis como lo habeis hecho. Lo que pedís es imposible. Sois muy buen muchacho y quiero ser vuestra amiga, pero nada más. ¿Comprendeis, amigo mio?

Deloche se estremeció. Dieron algunos pasos en silencio y balbuceó:

— ¿Es decir que no me amais?

Ella evitó el pesar de un *no brusco*, y Deloche siguió con tono dulce y apenado:

— Lo esperaba... jamas he tenido suerte, y sé que nunca seré feliz. En mi casa me pegaban, y en París he sido siempre un rigor de las desdichas. Cuando no se es hábil para robar las queridas á los demas ni para ganar tanto como otros... bueno, debe uno irse á un rincon y morir en él. ¡Oh! estad tranquila: no os molestaré más. En cuanto á amaros... eso no podeis impedirmelo. Os amaré sin esperanza, como un bestia... ¡Ea! está echada la suerte y tengo ya mi parte en la vida.

Lloró él á su vez. Dionisia procuró consolarle, y por las frases que cruzaron supieron que eran del mismo país: ella de Valognes y él de Briquebec, á diez kilómetros, lo que constituia nuevo lazo de amistad. El padre de él era un celoso feroz y le maltrataba, exasperado ante su rostro largo y pálido y sus cabellos de cáñamo, que, segun decia, no se habian visto nunca en la familia. Hablaron de los grandes helechos rodeados de setos vivos, de los

senderos que se perdian bajo los álamos, de los caminos sombreados como calles de un parque. Al rededor de ellos palpitaba la noche: distinguían los juncos de la orilla y el encaje de los ramajes que se destacaban negros sobre el centellear de las estrellas: sentian dulce sosiego, olvidados de sus penas y uniéndose con la amistad de buenos camaradas.

— ¿Qué tal? — preguntó vivamente Paulina á Dionisia llevándola aparte, cuando estuvieron frente á la estacion.

La jóven comprendió aquella sonrisa y aquella amistosa curiosidad, y respondió muy encarnada:

— ¡Nunca, querida! Ya os he dicho que no quiero... Es paisano mio y hemos hablado de Valognes.

Paulina y Baugé se quedaron perplejos, no sabiendo qué creer. Deloche la dejó en la plaza de la Bastilla, porque, como todos los que no estaban á sueldo fijo, dormia en el almacén, en el que debia estar á las once. No queriendo entrar con él, Dionisia, que tenia permiso para ir al teatro, se fué con Paulina á casa de Baugé. Éste, para estar más cerca de su querida, habia ido á vivir á la calle de Saint-Roch. Tomaron un coche, y Dionisia se quedó estupefacta al saber que su amiga iba á pasar la noche con el jóven. Nada era más fácil dando cinco francos á la señora Cabin; todas las señoritas lo hacian. Baugé hizo los honores de su cuarto, amueblado con trastos del tiempo del Imperio enviados por su padre. Se enfadó cuando Dionisia habló de arreglar cuentas, y acabó por aceptar los quince francos sesenta céntimos que ella puso sobre la cómoda. Quiso á su vez ofrecer una taza de té, y se enredó con una cafetera de espíritu de vino. Tuvo que bajar por azúcar, y era ya media noche cuando llevaba las tazas.

— Es preciso que me vaya — decia Dionisia.

— Es pronto — replicaba Paulina. — Los teatros no se cierran todavía.

Dionisia no estaba á su gusto en el cuarto. Vió á su amiga quedarse en enaguas y corsé, preparar las camas, abrir el cobertor, golpear las almohadas con su desnudo brazo, y estos preparativos de una noche de amor hechos delante de ella la turbaban, avergonzándola y despertando otra vez en su herido corazon el recuerdo de Hutin. Pensó otra vez que habria sido débil; no eran convenientes semejantes giras. Á las doce y cuarto se fué. Pero se fué llena de confusiones cuando á su *buen noche* inocente contestó aturdidamente Paulina:



— Gracias ; tan buena como será.

La puerta particular que daba entrada á la habitacion de Mouret y á las de los empleados estaba en la calle Neuve-Saint-Augustin. La señora Cabin tiraba del cordón, y daba una ojeada para apuntar la entrada. Una lámpara ardía en el piso bajo, y Dionisia se encontró en aquella claridad dudosa, inquieta porque al volver la esquina había visto cerrarse la puerta sobre la vaga sombra de un hombre. Debía ser el principal que volvía de la reunion, y la idea de que él estaba allí, en lo oscuro, tal vez á la espera, la causaba aquel extraño terror de que no se daba cuenta. Alguien crujía las botas en el primer piso, y entónces perdió la cabeza y empujó una puerta que daba al almacén y quedaba abierta para el servicio de vigilancia. Estaba en la seccion de los percales.

— ¡Qué hacer, Dios mio! — balbuceó en voz alta y llena de emoción.

Tuvo idea de que había arriba otra puerta que daba también á los cuartos, pero había que atravesar todo el almacén; prefirió este viaje á pesar de las sombras. No ardía ni un mechero de gas, pero sí lámparas de aceite puestas de trecho en trecho en las columnas. La claridad que arrojaban parecían manchas amarillas cuyos rayos sumía la noche, como lámparas colgadas en el fondo de las minas. Flotaban las masas de sombra, dando á los montones de mercancías perfiles medrosos de columnas quebrantadas, fieras en acecho y ladrones en espera. El pesado silencio, cortado por lejanas respiraciones, parecía agrandar las tinieblas. Dionisia se orientó: la ropa blanca, á su derecha, tenía un tono pálido como una manzana de casas sobre un cielo estival. Quiso atravesar la seccion, pero tropezó en las pilas de indiana, y juzgó más acertado seguir la seccion de género de punto y la lanería. La asustó un ronquido, el de José, que dormía detras del género de luto. Atravesó rápidamente la seccion, que la claraboya iluminaba con luz crepuscular: parecía mayor y llena de ese frío de iglesia con la inmovilidad de sus anaqueleras. Corrió y hubo de evitar en la mercería y guantería los mozos que dormían: sólo se creyó en salvo cuando halló la escalera. Ya arriba y frente á las confecciones se sobresaltó al ver la luz movable de una linterna: era una ronda. Dos bomberos marcaban su paso en los cuadrantes de los indicadores. Quedóse sin comprender un momento, y les vió pasar desde los chales á los muebles y luégo á la lencería, espantada de su extraña maniobra, de la llave que chirriaba y del ruido

de las puertas de hierro. Cuando se acercaron se refugió en el fondo de la seccion de encaje, cuando una voz brusca la hizo salir para ganar á escape la puerta de comunicacion. Había reconocido la voz de Deloche, que se encontraba en su seccion sobre un catre de hierro que se hacía él mismo todas las noches. No dormía aún, desvelado por los dulces recuerdos de la gira.

— ¡Cómo! ¿sois vos, señorita? — dijo Mouret, que estaba ante ella en la escalera, con una bujía de bolsillo en la mano.

Ella balbuceó para decir que había ido á buscar no sé qué á su seccion. Pero él no se enfadó, y la miró con aire á la vez paternal y curioso.

— ¿Teneis permiso para ir al teatro?

— Sí, señor.

— ¿Y os habeis divertido? ¿Á qué teatro habeis ido?

— He estado de campo, señor.

Esto le hizo reír, y preguntó luégo, recalcando las palabras:

— ¿Solita?

— No, señor; con una amiga — repuso ella con las mejillas purpúreas, avergonzada sin duda por el pensamiento que sospechaba en él.

Mouret calló, pero sin dejar de mirarla, con su vestidito negro y su sombrero guarnecido con una simple cinta azul. Pero qué, ¿era que aquella pequeña salvaje acabaría por ser una muchacha bonita? Estaba encendida de su correría y encantadora con sus hermosos cabellos esparcidos sobre su frente. Y el que hacía seis meses la trataba como á una niña, que muchas veces la aconsejaba cediendo á su sistema experimental, con el maligno deseo de saber cómo puede perderse en París una mujer, dejó de reír, experimentando un sentimiento indefinible de sorpresa y temor mezclados de ternura. Sin duda algun amante la embellecía de aquella manera. Ante esta idea sintió como si un ave favorita con quien jugase le hubiese mordido en el corazón.

— Buenas noches, señor — murmuró Dionisia.

Y siguió subiendo sin esperar más.

Él no respondió: la vió desaparecer y luégo entró en sus habitaciones.